

## LOS DINEROS DEL CAPITÁN (o, El milagro de la Inmaculada Concepción de María)

Apenas el sol mancha de luz los verdes naranjales, las cornetas, tocando a Diana, despiertan a la perezosa tropa, y rompen el silencio de la mañana. El clarín mañanero, espanta y aleja a los cuervos que carroñean despojos, dejados por los soldados y el carro que transporta la basura de comedores y cocinas, durante todo el día por la explanada de la instrucción. Allí no se hacía necesaria la presencia de barrenderos. El tapiz de polvo que cubre la explanada aparece impoluto cada mañana. Esas aves, tenidas por feas, a pesar de su negro pelaje, cumplen con ese servicio público a la perfección



¡Un, dos, ep, aro! ¡Alto, ar!

A la par que los cuervos alzan su vuelo, aparecen a la puerta de Intendencia los panaderos, con sus cestos llenos de chuscos que repartirán, uno para cada uno, por las distintas Compañías. Es la ración de pan del día. Aunque siempre hay algún espabilau que requisa dos o más. El pan, es pan. Y allí, el que no corre, vuela.

El aire cuartelero de las Compañías, se llena con las voces disonantes, mandonas, impacientes y malsonantes, de los Sargentos:

*“¡Vamos gandules! ¡Arriba! ¡A formar! ¡Parecéis maricas! ¡Damiselas! ¡Tú, eres más tonto que mi huevo derecho! ¡A ver esas filas! ¡Ni para ir al comedor tenéis prisa! ¡Inútiles!”.*

Estas, y otras lindezas por el estilo, componían la partitura que los suboficiales chusqueros se afanaban en mejorar cada día. Los veteranos no les hacían mucho caso, pero los reclutas, recién llegados al cuartel, se acojonaban ante las rotundas admoniciones.

Las verdes orugas de adormilados y legañosos reclutas, se ponen en marcha rumbo al comedor, marcando un paso todavía desacompasado, desajustado por la falta de práctica y aprendizaje. Todo se andará. Una vez dentro, sentados en los fríos bancos de cemento, sobre las largas mesas, sucias y mugrientas con olor a desinfectante, les aguarda el agualoso chocolate lleno de tropezones y objetos desprendidos de las nunca limpias calderas. Una docena de galletas, sobrantes de la lejana Guerra de Corea, para acompañar, en el mejor de los casos. Todo estaba en consonancia con el mal olor que les ha recibido a la puerta del comedor. Tras aquel baño de perfume, ¿qué podían esperar?

El Oficial de Guardia, pasea el espacio central que separa las filas de mesas, vigilando que todos coman con apetito hasta dejar los platos limpios. También están

atentos a algún gesto desagradable al introducir la cuchara en la boca. Él había desayunado de la muestra, y todo estaba perfecto. ¡La que a él le servían claro!

Un día, para comer, el menú tenía como plato fuerte un plato de tomate frito, animado por un grupo de pezones, siempre duros e incomibles, siempre poco fritos. Luego albóndigas aconsejables para una buena partida de contramanos. (Decían que era bueno para fortalecer los dientes) Uno de los reclutas no encontró el valor suficiente como para llevarse la cuchara a la boca, y su plato estaba sin tocar. El Oficial, se coloca tras él, y le pregunta qué le pasaba con la comida.

“¡Es que no me gusta, Señor!

¡Ah! ¿No?

¡No, Señor!

El Oficial llama al Sargento de Cocina.

¡Sargento! Traiga usted una caldereta llena.

Cuando la caldereta está sobre la mesa ante el recluta de gusto exquisito, el Oficial habla.

.- ¡Mira esta caldereta! Antes de que te la termines de comer, verás como ya te gusta.

Y no se habló más.”



Acabado el desayuno, las orugas, con los pies más pesados, vuelven a sus compañías. Allí quedan formadas delante de la puerta, ante la fila de grifos del agua que sirve para su aseo, hasta que llegue el Capitán para recibir las novedades. Llega el Capitán.

.- ¡Atentos! ¡Firmes! ¡Ya!

Las filas quedan rectas, erguidas, quietas y marciales.

.- ¡Silencio! ¡Sin novedad, mi Capitán!

.- ¡Gracias, Sargento! ¡Mande descanso!

Y el Capitán, sin más indagaciones, marcha hacia el bar de oficiales. Su lugar de trabajo.

En ese momento comienza el día de instrucción para los reclutas. Primero habrá una hora para la teórica. Un cabo auxiliar, tomará el montón de “galletas”, con los galones y estrellas que indican la graduación del militar que la lleva en su uniforme.

.- ¡Vamos a empezar! Atended bien, voy a mostrar la escala de graduación. Luego preguntaré.

.- Clase de tropa: Soldado raso, Cabo, y Cabo Primero.

Suboficiales: Sargento, Sargento Primero, y Brigada.

Oficiales: Alférez, Subteniente, Teniente y Capitán.

.- Jefes: Teniente Coronel, y Coronel.

.- Generales: General, Teniente General, General de Brigada, General de División, y Capitán General.

Pasada la hora, puede que alguien se haya quedado con algo de lo explicado.

La desgana era patente. A continuación saldrán hasta el campo de instrucción, donde, tras un rato de pateo sobre el asfixiante polvo, hay un tiempo para el almuerzo. Más tarde sigue el ¡Un, dos! Hasta que todos vuelven a las compañías para prepararse para ir al comedor a buscar la comida del mediodía.

El Capitán, al mando de la Compañía, es un hombre de unos cincuenta años, que su carrera militar tiene como base sus años pasados en el Sahara. Las insignias que luce en su pechera así lo certifican, y su forma de mandar, brusco y bronco, apoyan la aseveración que corría por el Campamento: “Los Africanistas son de mucho cuidado”.

Además, este hombre, tenía otro problema que agudizaba su mal genio, y hacía imposible adivinar con qué ánimo acudía por las mañanas al Campamento. Era un problema de tipo doméstico. Estaba casado con una mujer bastantes años más joven que él, con un físico capaz de perturbar una formación con los soldados más veteranos del



Campamento. Por eso, en cada reemplazo de reclutas, de entre los que quedaban en la Compañía como Auxiliares, buscaba al menos espabilado de ellos, para hacerle su asistente con la orden de no separarse de la puerta del chalet donde vivía en la Colonia de Oficiales por ningún motivo. Dicho asistente, pasaba el día bajo un árbol delante de la puerta, donde la Capitana, muy atenta, le surtía de bocadillos, agua fresca, y no sabemos de qué más.

El Capitán, Madroño, que así se llamaba, Don Rafael Madroño Mensa, era muy devoto, no se sabía de qué Santo o de qué Virgen, pero era hombre de misa y comunión diarias, y por ello sometía su vida conyugal a novenas y cuaresmas que mantenían a su joven y fogosa mujer de muy mal humor, de ahí su desconfianza y su constante chamusquina a cuerno quemado. También eran frecuentes los interrogatorios al pobre asistente, por si sabía algo que pudiera molestar al Capitán. Este, por su seguridad, se lo callaba.

“¡Hay de ti si me ocultas algo! ¡Te empaqueto! ¡Y mantén la puerta del chalet bien cerrada, y los ojos bien abiertos!

¡A la orden de usted, mi Capitán!”

Había mañanas en que por las formaciones de reclutas que hacían ejercicios de instrucción en la explanada delante del Campamento, se podía observar una inquietud general, como si se presintiera que algo iba a ocurrir. La explanada lindaba, en su parte central y de mayor longitud, con campos de naranjos, por su parte derecha con la Residencia de Oficiales, y en la izquierda, hacía frontera las casas de los suboficiales.

Estas casitas era un grupo de adosados, con un pequeño patio delantero, en cada una de ellas, donde solía haber siempre ropa tendida a secar. A la primera de ellas, la que lindaba con la carretera que separaba los edificios cuarteleros con la explanada, había mañanas, esas en que la inquietud se hacía presente, la Sargenta que allí vivía,

solía salir a sacudir la ropa de cama en ropa interior, con el siguiente alboroto donde el ¡prietas las filas! era difícil de cumplir pese a los esfuerzos de los sofocados Sargentos. Pero por las tardes, la cosa era aún peor, (o mejor, claro) cuando el tiempo lo permitía, que allí era la mayor parte de los días, la mentada Sargenta, sacaba al patio una hamaca, y se ponía a tomar el sol tumbada en ella. Debía de ser algo descuidada porque solía dejar la ropa dentro de la casa.

No era extraño, en algunas tardes, al terminar la instrucción, ver a alguno de los veteranos entrar en aquella casa invitado a merendar por la atenta Sargenta. ¡Hace un chocolate más bueno! Mientras su marido, el Sargento Calzonazos, según decían, ajeno a la actitud de su mujer se entretenía en el bar de Suboficiales tomando unas cervezas que alguien se encargaba de pagar. Cuando, ya caída la noche llegaba a casa, allí dentro todo era paz y felicidad. ¿Sabría algo de esto el Capitán Madroño?



En el bar de Oficiales, había la costumbre de celebrar, cada semana, un almuerzo colectivo donde solían participar todos los oficiales de servicio. Cada semana, este almuerzo, lo pagaba uno de los Capitanes de Compañía. Y esto suponía un problema económico para los paganos, pues los dineros tenían que salir de su bolsillo particular, y estos hombres, con mucho tiempo libre ganduleando en el bar, andaban siempre a la última. Por ello es que ocurrió el hecho que nos ocupa, y que una vez fue de público conocimiento, sirvió de pitorreo y chirigota entre la tropa.

La Compañía ha quedado vacía de reclutas, solo los auxiliaren quedaban en ella. Faltaban ocho días para que llegase el nuevo reemplazo. Luego del desayuno, aparece en la Compañía el Sargento Furriel con su enorme barriga y su andar de estar siempre adormecido:

“¡Vamos muchachos! ¡Zafarrancho!”

Este hombre, siempre eficiente, ahora cercano a su licencia, saca el sillón del despacho del Capitán, se repantiga en él, y desde allí, como el director de una orquesta, dirige la maniobra:

“Primero, las mantas todas amontonadas aquí. Luego los cabezales. Las sábanas a la lavandería. Las colchonetas sacarlas a la calle para que se ventilen. Las literas hay que sacudirlas y echarles el antiparásitos.”

Una vez hecho todo esto, el Sargento, auxiliado por un veterano, hacía la revisión de toda la intendencia para reponer aquello que no tuviese arreglo. Lo más damnificado de todo eran las colchonetas. Muchas ofrecen desgarros, y manchones sospechosos, que aconsejaban ser tiradas a la basura. El suelo es barrido y fregado a fondo, y regado con “Zotal” para matar el mal olor y los parásitos.

Todo este trabajo mantenía ocupados a los veteranos durante tres o cuatro días. Una vez hecho, se reponía a las literas de toda la ropa de cama, y el zafarrancho

quedaba terminado. Ahora había que esperar la llegada de un Oficial de Armamento para revisar el repostillo y todas las armas. Esta tarea resultaba muy entretenida, pues la inspección tenía que ser minuciosa para que cada una de las armas se correspondiera, en su número y características, con el listado que traía el Oficial. Pero esto también se termina, y la Compañía queda tranquila a la espera de los nuevos reclutas.

El Capitán Madroño, pasa revista a la Compañía y queda muy satisfecho de lo que ve. Las literas bien alineadas, el petate bien hecho, y la franja de las mantas en su sitio. Todo está limpio y huele bien. De vuelta a su oficina, se detiene. Queda mirando a la imagen de la Inmaculada, que, desde una base de escayola sujeta a la pared, preside el interior de la Compañía. Ocupa un lugar privilegiado. Desde su altura era vista por todos, y lo veía todo. A sus pies, en perfecta formación, los Mosquetones descansan en su armero. La Virgen Inmaculada, es la Patrona del Arma de Infantería, a ella pertenece la Compañía y el Capitán.

“¡Cuenca!  
¡A sus órdenes, mi Capitán!  
Busca una escalera que vamos a bajar la imagen. Ella también necesita una buena limpieza  
¡Voy!”  
Y el Cabo Cuenca, corre al almacén de la Plana Mayor, y vuelve con una escalera de tijera.

¿La coloco aquí, mi Capitán?  
¡Sí! Ahí estará bien.  
La escalera queda colocada a los pies de la imagen. El Capitán entra en su oficina y sale con la tela de una bandera.

¡Toma! Ahora sube a la escalera, tapas la imagen con la bandera, y la bajas. ¡Con cuidado! ¡Con mucho cuidado! ¡Si te cae, te empapelo!  
¡Sí, señor!”.

Y el cabo Cuenca sube a la escalera. Con cuidado, con mucho cuidado, como le habían ordenado, baja la imagen. El Capitán la recoge en sus manos, y rápidamente se mete en la oficina. Todos los veteranos han presenciado expectantes la maniobra. Era la primera vez que la imagen de la Virgen era quitada de su pedestal. Aquella pared vacía, aquella soledad, aquel contorno más blanco que había quedado donde unos minutos antes estaba la imagen, les resultaba extraño. ¡Bueno, el Capitán sabrá por qué!

A la mañana siguiente, el Capitán llega a la Compañía más pronto de lo habitual. Entra frotándose las manos, gesto característico en él, y se le ve contento. Dice que no formen los veteranos, que él ya los conoce, y no le interesa en absoluto su estado. Entra en la oficina, y cierra con llave. Fuera, los soldados libres de servicio se reúnen expectantes en espera de las novedades que sin duda traerá ese comportamiento tan misterioso y extraño de su Capitán.



Pasa casi una hora, los soldados no se han movido del lugar próximo a la oficina donde se encuentran desde la entrada del Capitán. De pronto, la puerta de la oficina se abre, y el Capitán Madroño sale como el león que ha estado enjaulado, y con una voz aguardentada por la irritación, grita:

“¡Cuenca! ¡Ven aquí!

¡A la orden de usted, mi Capitán!

Y Cuenca pierde el culo ante una orden tan tajante de su Capitán. Hay un revuelo de pies mimando temor. ¡Malo, malo, malo! La puerta se vuelve a cerrar detrás del Cabo. Hasta el silencio del exterior llega la voz destemplada del Capitán:

¡Malditos! ¿Qué habéis hecho? ¡Con vuestros juegos de pelota, a mis espaldas, habéis roto la imagen de mi querida Virgen Inmaculada! ¡Os voy a empapelar!

¡No se de qué me habla, mi Capitán!

¿No? Pues la imagen tiene una grieta en la espalda que no tenía la última vez que la limpié.

¡Nosotros no hemos sido!

¡Tanto da si habéis sido vosotros o no! ¡Lo que cueste de reparar por un buen restaurador, o la compra de una imagen nueva, la vais a pagar vosotros!

¡Sí, señor!

¡Ahora márchate, y dile a Munne que venga!

Munne es otro Cabo que vive en la capital. En el barrio más antiguo, allí donde se puede encontrar a los anticuarios y a los imagineros.

¿Da su permiso mi Capitán?

¡Pasa y cierra la puerta! ¡Siéntate!

Munne lo hace. Está acojonado. Ver a su Capitán tan amable con él, le da más miedo que si le hubiera gritado cualquier improperio.

¡Pepe!

Ahora le llama Pepe. ¡Peor!



Tú vives en la ciudad. Conoces la parte vieja como nadie, así que te voy a encargar que busques a quien pueda arreglar la imagen. Que te de presupuesto de la reparación, y también de lo que costaría comprar una imagen nueva. Toma, esto es un boceto que he hecho de la imagen, detallando la grieta y las características de la misma.

Ahora te marchas a casa, y no vuelvas por aquí hasta que traigas el encargo que te he hecho

¡Pero esto,... mi Capitán!

¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

Munne sale de la oficina a todo correr, va hasta su litera, recoge el macuto, y abandona la Compañía antes de que al Capitán se le ocurra algún encargo más. El resto de soldados quedan pasmados de lo que han visto y oído.”

A los dos días del caso de la imagen agrietada, llega el reemplazo de los nuevos reclutas. Una hornada heterogénea de muchachos de muy distinto estrato social, que a las primeras de cambio dan muestra de lo complicado que iba a ser hacerles marcar el mismo paso. Pero para eso estaban allí los auxiliares.

Uno:

“¡Oiga! ¿Podría hablar con el Capitán?

¿Para qué?

Es que a la hora en que he salido del pueblo, los bancos estaban cerrados, y no he podido retirar dinero, y quiero que me haga un préstamo hasta que pueda ir al pueblo.”

Otro:

“¿Estado civil?

¿Casado!

¿Nombre de tu mujer!



María.

María, y qué más.

No lo se.

¿Cómo que no lo sabes?

Se que se llama María, pero nada más.”

Uno más:

“Mañana os marcharéis de rebaje al pueblo. ¡El domingo os quiero aquí a todos antes del toque de retreta!

¡Mi Capitán! ¡Yo no se ir a mi pueblo!

¿Cómo?

Que no se dónde está mi pueblo.

Pero... ¿Tú eres tonto?

El Cabo Mínguez te acompañará al pueblo. Pero tus padres tendrán que darle posada hasta el domingo.

¡Sí, mi Capitán!”

Y otro más:

“¿Da su permiso, mi Capitán?

¿Pasa! ¿Qué quieres?

Hay un recluta que dice que es torero y va para figura. Que este domingo tiene corrida en la plaza de la capital, y que si usted le da permiso para marchar hoy a casa, se preparará para la corrida.

¿Qué dices? ¿Un torero?

¡Sí mi Capitán!

¿Y quiere torear?  
¡Sí mi Capitán!  
Pero... ¿Dónde cree ese que ha venido? ¿Y tú no le has dicho que ahora no es torero, que es militar?  
¡No señor!  
¡Anda! Dile a Eleuterio que venga. Y dile también a ese torerito que quiero verle ahora.

Eleuterio es el peluquero de la Compañía. El hombre está muy ocupado pelando reclutas, pero ante la llamada del Capitán, tiene que dejarlo todo. Cuando entra en la oficina el torero ya está allí dentro.

¡A sus órdenes, mi Capitán!

Pasa Eleuterio, y cierra la puerta. Mira, este recluta es un torero que va para famoso. Este domingo dice que torea en la capital, así que quiero que ahora, cojas tu máquina de pelar, y le arregles la coleta para que esté bien guapo. ¡Y ponle los tres ceros!

Eleuterio y el recluta salen a cumplir la orden. Al momento llega corriendo el Primero Martínez.

¡Mi Capitán! ¡Que Eleuterio está pelando al torero!

¡Bien! Es lo que debe hacer.

¡Pero así no puede torear el domingo!

Claro, no puede torear.

Pero, el muchacho está llorando. ¿Por qué?

Mira, ese muchacho está ahora bajo mi mando y responsabilidad, y yo no puedo permitir que alguien a mis órdenes se meta en una plaza con un toro, que puede empitonarle y hasta matarle. ¿Entiendes el por qué?

Visto así...”



Esta es una pequeña muestra de lo distintos que eran los componentes de aquel reemplazo.

Con tanto trajín como se montaba en esos primeros días, nadie se acordaba del Cabo Munne ni de la Virgen. Y él, amparado en esa posibilidad, alargó los trámites unos días más de los necesarios. Pero una mañana llega, llama a la puerta de la oficina, y pide permiso para entrar.

“A ver qué me traes.



Aquí, en esta cuartilla, están detallados los dos presupuestos. Aunque para poder ajustarlos, antes sería preciso que ellos vieran la imagen.

¡Coño! ¡Esto va a costar un huevo!

Dicen que es un trabajo muy delicado, y que lo tiene que hacer un buen restaurador. Y que lo más seguro es que tengan que repintar entera la imagen

¡Pues sí que piden! ¡Bueno, vete, ya me ocupo yo de esto! Y dile al Primero Martínez que venga.

¡Sí, Señor!”

El Primero Martínez es el soldado de reemplazo de mayor graduación. Sacó el número uno de su promoción, y por eso es el de más autoridad entre los veteranos.

“¿Da usted su permiso mi Capitán?

¡Entra! ¡Siéntate!

¡Sí, mi Capitán!

Tenemos un problema. Mejor dicho, vosotros tenéis un problema. Un problema gordo.

Usted dirá.

Munne ha traído los presupuestos para arreglar la imagen que vosotros habéis roto. Y el montante de dinero es mucho. La Compañía no tiene dinero para pagarlo, así que: ¡Quien rompe paga!

Pero,... ¿Es preciso arreglar ese pequeño desperfecto?

¿Qué dices animal? ¿Cómo voy a permitir yo tener una Virgen Mutilada en mi Compañía? ¡Tú eres un hereje! Como tú eres el encargado de pagar las sobras cada mes a la tropa, quiero que el próximo mes, tanto a los veteranos, como a los reclutas, les requises la mensualidad. Con ese dinero arreglaremos lo de la imagen. ¡Puedes retirarte!

¿Es necesario retenerles todo?

¡He dicho que te retires!”

Llega el fin de mes, el Primero Martínez cumple la orden de su Capitán, y sin abrir la caja donde estaba el dinero, la devuelve a la oficina. Los veteranos protestan, pero el Primero les dice la razón de aquella sinrazón. Los reclutas, por no saber, no saben ni protestar.

“¡Martínez! Busca a Munne. ¡Os quiero ahora mismo en mi oficina! ¡A los dos!

¿Da su permiso mi Capitán?

¡Entrar y cerrar la puerta! Munne, ahora que tenemos el dinero, ya te puedes encargar de llevar la imagen a esos restauradores para que la tasen. ¡Quiero que la dejen como nueva! ¿Entiendes? ¡Como nueva!

¡Sí, mi Capitán!

La imagen ha estado todo este tiempo aquí en la oficina, envuelta en la bandera de España. Ahora la saco del armario para que te la lleves. Tú Martínez, eres testigo de ello.

¡Sí, mi Capitán!



El Capitán Madroño, con todo cuidado, saca la imagen envuelta con la bandera, y la deposita encima de la mesa. La imagen mide cincuenta centímetros de altura, así que es fácil de manejar. Coge la tela, y poco a poco comienza a descubrirla.

Ahora veréis el desperfecto.

Cuando toda la imagen queda al descubierto, El Capitán, parece desconcertado, y pone cara como de ver un fantasma. De pronto grita:

¡Milagro! ¡Milagro!

¿Qué dice usted, mi Capitán?

¡Milagro! ¡La bandera de España ha curado a la Virgen! ¡Milagro! ¡Mirad! ¡Mirad!

Los dos cabos, llenos de susto por los gritos, miran la imagen.

Efectivamente aquí no hay ninguna grieta mi Capitán.

¡Milagro! ¡La Virgen ha hecho un milagro! ¡La bandera de España ha curado a la Virgen!

Pero mi Capitán...

Pero el Capitán Madroño sale al centro de la Compañía con la imagen milagrosa en las manos.

¡Cuenca! ¡Cuenca! ¡Trae la escalera! Vamos a colocar a la Virgen en su sitio. ¡Ha obrado un milagro! ¡Formad la Compañía!

Cuando el cabo Cuenca vuelve con la escalera, la Compañía ya está formada. En la cara de los reclutas se ve el miedo por aquella inesperada situación. Los veteranos amagan la risa. El Capitán, sube a la escalera, y él mismo coloca la imagen en el pedestal. Cuando baja de la escalera, se pone de rodillas frente a la imagen de la Inmaculada Concepción de María, que había obrado un milagro, saca del bolsillo un rosario, besa la bandera, y comienza a rezar. La tropa no sabe qué hacer. Poco a poco, se va escuchando el rumor de un rezo colectivo que va en aumento. Cada uno reza aquello que sabe, o recuerda de la escuela, y entre el guirigay de Padre Nuestros y Ave Marías, en su bolsillo, bailan los dineros del Capitán.

Emilio MARÍN TORTOSA.

